

Fernández, Víctor Manuel

*Mundanía sacerdotal: santificarse en la
pasión por un mundo*

Pastores N° 21, septiembre 2001

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Mundanía sacerdotal : santificarse en la pasión por un mundo* [en línea]. *Pastores*, 21 (septiembre, 2001) <http://www.cuadernospastores.org.ar/documents/PASTORES21.pdf> Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/mundania-sacerdotal-santificarse-pasion-mundo.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

ESPIRITUALIDAD

Mundanía sacerdotal Santificarse en la pasión por un mundo

Pbro. Dr. Víctor Manuel Fernández

Diócesis de Río Cuarto

ptucho@arnet.com.ar

Estimulado por el interés y por ciertas dudas que ha despertado este tema en muchos sacerdotes,¹⁰ y como complemento de un artículo anterior,¹¹ me parece oportuno explicar sintéticamente una característica distintiva de la espiritualidad del clero diocesano, que podría llamarse “mundanía sacerdotal”. Para mayor claridad, intentando responder a los planteos recibidos, he preferido describirla en quince breves puntos:

1. El adjetivo de “secular” que se da al sacerdote diocesano, es sinónimo de “seglar”, que se usa para identificar la vocación laical. Y está indicando una particular inserción en el mundo y en la historia (el “seculus”). El cura no puede fugarse del mundo porque está llamado a insertarse en él, y en un lugar bien determinado del mundo que lo ha impregnado también a él con sus peculiares características.

2. Ya en su contemplación de Dios experimenta esa orientación hacia el mundo, porque su oración está centrada en Dios, que en un *desborde de vida se comunica al mundo*, lo cual alcanzó su plenitud en la Encarnación, cuando habló nuestro lenguaje y se introdujo con nuestra propia carne en esta tierra y en esta historia.

3. Eso implica la necesidad de una profunda compenetración entre espiritualidad y acción en el mundo para que él pueda realizarse y vivir feliz. Por eso no podemos decir sólo que la espiritualidad enriquece y da impulso a la acción, sino también lo contrario: que la actividad enriquece a la espiritualidad. ¿De qué manera? Permitiéndole expresarse, explayarse, concretizarse, desarrollarse, realizarse en la historia.

Porque lo que llamamos “espiritualidad” no es sólo acudir a medios de espiritualidad personal (oración personal, lecturas piadosas, determinados ejercicios). El núcleo de la espiritualidad es más bien el dinamismo de las virtudes teologales que es alimentado gracias a esos medios. Pero el dinamismo de las virtudes teologales se alimenta también cuando se lo ejercita en la acción pastoral. Por ejemplo: Si en la íntima contemplación nos hemos detenido en la Palabra de Dios, no dejamos de encontrarnos con ella cuando la predicamos, sino que al predicarla nuestro encuentro con la Palabra se abre a nuevas dimensiones, se manifiesta, se amplía, se concretiza produciendo un fruto maduro. Igualmente, cuando contemplamos el misterio de la Gracia en la oración, no abandonamos esa contemplación cuando vamos a bautizar o a administrar la Reconciliación, sino que en la celebración de los Sacramentos profundizamos, concretizamos e insertamos en la historia lo que hemos contemplado, y así la contemplación se enriquece y alcanza su plenitud.

4. Además, al pasar a la acción, la espiritualidad es embellecida con unas características que proceden de los permanentes desafíos de la propia misión, del lugar concreto donde se ejerza el ministerio, de la cultura de la gente a la cual se sirva, de su pequeña historia, etc. La vida del Espíritu (que es el dinamismo del amor que nos inclina hacia el otro) debe dejarse marcar por las características del

¹⁰ A partir de mi libro donde desarrollo más ampliamente este tema: *Actividad, espiritualidad y descanso. Vida armoniosa y unidad interior*, San Pablo, Madrid 2001.

¹¹ *Espiritualidad y actividad*, en Pastores 19, 49-56.

ministerio sacerdotal diocesano en la acotada porción de mundo donde es ejercido. El amor, núcleo de la espiritualidad, adquiere notas, matices, características peculiares cuando se expresa en determinadas acciones que son propias de una determinada misión y en una determinada tierra; y por eso, el sacerdote diocesano no ama de la misma manera que un monje; y debe gozarse en su modo específico –e incluso local– de amar. Así se hace posible la inculturación del Evangelio, que es también la *inculturación de la espiritualidad* del evangelizador, lo cual implica encarnarse en “las aspiraciones, las riquezas y los límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo que distinguen a tal o cual conjunto humano” (EN 63).

5. Esta “encarnación” de la espiritualidad en la acción se realiza cuando los actos externos son verdaderamente actos de amor al prójimo, los cuales, lejos de dificultar la contemplación, “la hacen más fácil”¹², porque abriendo el corazón al hermano –con su cultura peculiar y en su mundo concreto– lo estamos ampliando para dar mayor espacio a Dios.

6. Pero esto se ve obstaculizado sobre todo cuando en el sacerdote diocesano hay una dicotomía entre lo interno y lo externo, entre la actividad y la intimidad. Porque en ese caso vivirá lo externo y mundano como un peligro para su espiritualidad y para sus espacios personales; estará siempre a la defensiva cuidando sus tiempos, y sufrirá tremendamente por el agujijón permanente de la dispersión donde está fatalmente inserto.

7. De ahí que para vivir una auténtica espiritualidad del “clero diocesano” que esté marcada por su misión hacia el mundo, y que al mismo tiempo lo haga feliz, es indispensable que adquiera un “gusto” por la mundanidad, e incluso *por la dispersión misma vivida como camino espiritual*:

“Este es el gran atractivo del tiempo moderno: sumergirse en la más alta contemplación y permanecer mezclado con todos, hombre entre los hombres. Diría más todavía: perderse en la muchedumbre para informarla de lo divino, como se empapa la migaja de pan en el vino. Y diría todavía más: hacernos partícipes de los designios de Dios sobre la humanidad, trazando sobre la multitud estelas de luz; pero al mismo tiempo compartir con el prójimo la deshonra, el hambre, los golpes, las breves alegrías”.¹³

8. Esta inserción en lo mundano, participando de la dispersión propia de la historia, prolonga de un modo peculiar el misterio de la Encarnación. Por eso, el sacerdote diocesano debería vivir la dispersión misma como un llamado de Dios, como un designio del amor de Dios que lo introduce cotidianamente en esa dispersión para prolongar el misterio de su Hijo encarnado. De este modo el sacerdote se hace para Jesús –como gustaba decir Isabel de la Trinidad– una suerte de “humanidad suplementaria”, que introduce la eficacia de la Pascua *en los rincones y trechos de esta historia local*.

9. Las “interrupciones” de los demás, cuando nos sacan de nuestros esquemas, son un modo existencial como la dispersión puede hacernos sentir agujijoneados. Pero “¿y si las interrupciones fuesen oportunidades que nos desafiaron a una respuesta interior que se traduzca en un crecimiento, haciéndonos alcanzar la plenitud del ser... abriéndonos campos de experiencia nuevos e inexplorados?”.¹⁴

¹² S: BUENAVENTURA, *IV Sent.*, dist. 37, a. 1, q. 3, ad 6.

¹³ CH. LUBICH, en *El fuego de la unidad*, Bs. As. 1998, 128.

¹⁴ H. J. M. NOUWEN, *Abriéndonos*, Bs. As. 1994, 48-49.

10. La incapacidad para aceptar y vivir esto ciertamente no es una ayuda, sino una tremenda traba para la espiritualidad del sacerdote, porque el rechazo de la mundanidad, de la dispersión y de las inevitables interrupciones, impide a la vida del Espíritu expresarse en la vida concreta y cotidiana de la persona, y así dificulta su crecimiento espiritual. En este sentido, el Papa ha pedido a los sacerdotes “una constante disponibilidad a dejarse absorber, casi devorar, por las necesidades y exigencias de la grey” (PdV 28).

11. Esto no significa caer en la imprudencia de una actividad que pueda terminar enfermándonos en poco tiempo, incapacitándonos para un servicio alegre, ni una falsa disponibilidad que termine haciéndonos sumamente accesibles a unas pocas personas que nos absorben y nos aíslan de todos los demás. Por eso el Papa, en el mismo texto antes citado, dice que “es verdad que estas exigencias han de ser seleccionadas y controladas”.

12. Esta consideración nos permite hacer la siguiente distinción: No estamos hablando de un desborde activista que está más centrado en los proyectos y en los éxitos que en las personas. También el cura, como todo cristiano, está llamado a “ser” más que a “hacer”, y por lo tanto evitará la “idolatría del hacer”. Pero la luz del Evangelio nos descubre que no podemos “ser” nosotros mismos sin un ideal de “ser para los demás”, que en el sacerdote diocesano se traduce como “ser para este pueblo” con disponibilidad. Entonces, deberá vivir los espacios de recogimiento y soledad con una espiritualidad que le ayude a no sentir los reclamos de la dispersión como enemigos permanentes, aceptando que deben ser serenamente asumidos como una característica de su vida y de su misión, en respuesta a la voluntad de un Dios amante.

13. Así se entiende cómo la raíz de la espiritualidad del clero secular está en el dinamismo de la “caridad pastoral”, que no está centrada tanto en los proyectos, en las actividades, cuanto en las personas *a las que nos orientan esos proyectos y esas actividades*.¹⁵ Significa desarrollar el hábito de estar atento a las personas tal como son, prestándoles una atención amable, interesada, amante, porque son verdaderamente importantes para el corazón sacerdotal. Por eso decía Santo Tomás que la palabra “caridad” dice algo que no se expresa en la palabra “amor”, ya que indica que el ser amado “es estimado como *de alto valor*” (ST I-II 26, 3), y que “del amor por el cual a uno le es *grata* la otra persona depende que le dé algo gratis” (110, 1).

14. Pero hay que destacar que este “volcarse hacia el mundo de los hombres” no es un complemento o un simple matiz de su espiritualidad. Porque *es la misión la que determina la espiritualidad y no al revés*. Por lo tanto, la mundanidad debe ser una nota constitutiva del que está llamado a ejercer un ministerio plenamente inserto en el mundo. En el mundo mismo el cura diocesano debe percibir la presencia del Espíritu, y eso es “espiritual”. Ser espiritual, para el cura, es lo mismo que ser pastor. También por ese motivo, es espiritual siendo mundano, y es mundano de una manera espiritual, religiosa, sagrada.

El Papa ha reivindicado recientemente esta “mundanidad sagrada”:

“Frente al misterio de gracia infinitamente rico por sus dimensiones e implicaciones para la vida y la historia del hombre, la Iglesia misma nunca dejará de escudriñar, contando con la ayuda del Paráclito... No es raro que el Espíritu de Dios, que « sopla donde quiere » (Jn 3,8), suscite en la experiencia humana universal, a pesar de sus múltiples contradicciones, signos de su presencia, que

¹⁵ Porque cuando procuramos servirlos a través de un proyecto o de una actividad las estamos “amando”; y la búsqueda de la eficacia puede convertirse en una expresión de ese amor que busca sinceramente su bien.

ayudan a los mismos discípulos de Cristo a comprender más profundamente el mensaje del que son portadores... ¿No ha sido quizás esta humilde y confiada apertura con la que el Concilio Vaticano II se esforzó en leer los « signos de los tiempos »? Incluso llevando a cabo un laborioso y atento discernimiento, para captar los « verdaderos signos de la presencia o del designio de Dios », la Iglesia reconoce que no sólo ha dado, sino que también ha « recibido de la historia y del desarrollo del género humano ». El Concilio inauguró esta actitud de apertura... » (NMI 56).

Y esta percepción del Espíritu en la vida del mundo es precisamente lo que vive cada párroco en su pequeño mundo. Con mayor razón si se trata de un mundo que ha recibido el anuncio del Evangelio y donde la fe cristiana ha llegado a producir efectos culturales, como podemos advertir en la religiosidad popular.

15. Por eso mismo, el sacerdote diocesano –si es fiel a su identidad– está más atento a las cosas positivas y buenas que hay en el Pueblo al que le toca servir, y no tanto a sus defectos. Es como un enamorado que se hace capaz de descubrir en el ser amado rasgos de belleza insospechados para todos los demás, o como la madre que fácilmente encuentra excusas a los defectos de sus hijos. Es como el mismo Jesús, que siendo crucificado buscaba una excusa a sus verdugos: “no saben lo que hacen”, y se detenía a contemplar y comentar el gesto de la viuda pobre, dejándose cautivar por su generosidad. Entonces, no responde a esta inclinación la tendencia a destacar los defectos, vicios y errores del pueblo, a acentuar las imperfecciones y desviaciones de la religiosidad popular, o a insistir excesivamente en la “ignorancia” de los laicos que no tienen formación, o a criticar las variadas manifestaciones de su cultura. Buscando elevarlos un poco más, y con la permanente disposición a aprender de ellos, el pastor tiende más bien a destacar los signos de la acción de Dios en ellos para partir de lo que el Espíritu ya ha hecho sin él, y desde allí intentará promoverlos. Así se expresa “la confianza en la acción escondida de la gracia que se manifiesta en los sencillos y pobres” (PdV 26).